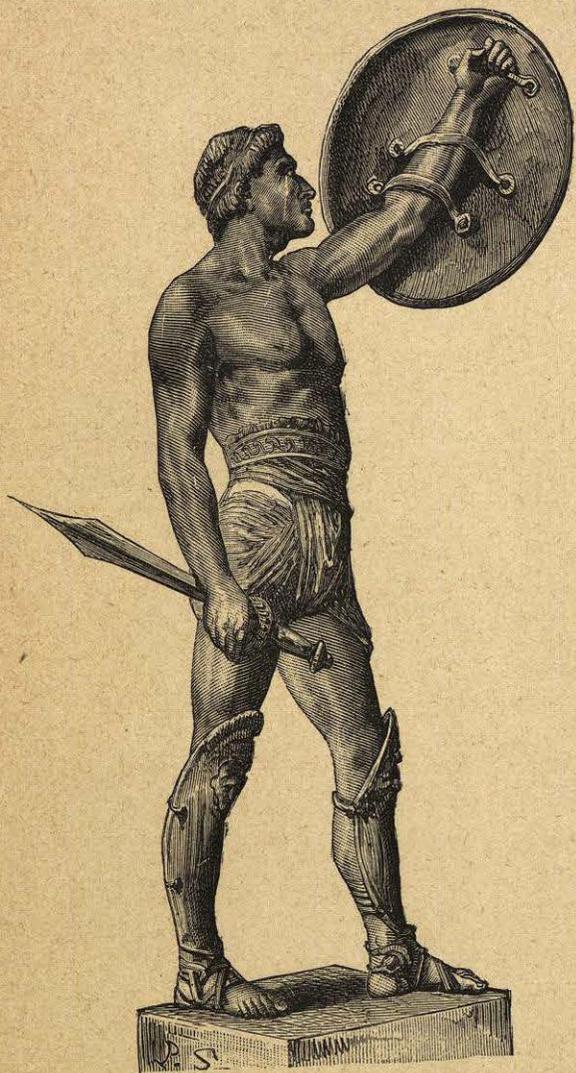


hubo juegos de tal clase, pero en verdad rarísimos, y consagrados á honras fúnebres. Tuviéronlos de antiguo las edades republicanas, pero á larguísimos intervalos. Por lo cual no puede, no, asegurarse que llegaran á constituir una verdadera costumbre.



Gladiador de la clase de los mirmilones

La introducción de tales fiestas en la vida regular y ordinaria romana, débese á César y á su heredero Augusto. Hoy sabemos que este último sacrificó hasta diez mil hombres en aquellos holocaustos del circo. Los herederos suyos no le iban en zaga. Algunos combates duraron hasta cuatro meses y se vieron hasta mil gladiadores en ellos. Exigíaseles á éstos terribles juramentos, en los cuales debían execrarse á sí mismos con horribles execraciones para el caso de no aceptar la batalla y la muerte. Consignados á la

pelea, empezaban por marcarles con hierro candente la piel y abrasarles del todo las carnes para que tuvieran de su iniciación vergonzosa en aquella especie de orden maldita indeleble recuerdo. Luego les hacían correr lo que llamamos en lengua militar carrera de baquetas, golpeándolos con palos é hiriéndolos con armas

á fin de probar y conocer su fortaleza. Después no solamente los curtían y adobaban para el combate, sustentábanlos con alimentos á propósito para que tuviesen mucha sangre por sus venas y la derramaran á torrentes sobre la tierra, enrojando el polvo, que se volvía purpúreo y humeante. El extravío llegó tan lejos, que la Roma imperial vestía con trajes empapados en substancias combustibles á los infelices destinados para su diversión, y pegándoles fuego adrede, holgábase con ver los gestos y convulsiones producidos por aquella muerte horrible. Para matar á unos los disfrazaban de sacerdotes, para matar á otros repetían las torturas más horrosas mencionadas por las historias más antiguas. A este le rompían los huesos con las ruedas célebres de Yon; quemaban á los otros como las llamas del Oeta quemaron á Hércules; tal debía consumir su mano derecha en el brasero como Scévola; tal otro dejarse despedazar por las furias como el músico y poeta Orfeo. Fingíanse jardines con árboles floridos y rocas tapizadas por verde musgo, donde se oían los caramillos de las églogas y los gorjeos de las aves. Y de súbito, para interrumpir aquel idilio, osos enrabados venían de las hondas jaulas y trucidaban á los felices pastores. Muchas veces un león se comía delante del público el primer esclavo habido para sus garras, porque otro animal de su especie devorara en fábulas y consejas á Deda. Cubríanse las arenas de aguas clarísimas para que un hermoso Leandro y una hermosa Hero se buscasen y se ahogaran, como en las antiguas poesías, ante los ojos de aquel cruelísimo pueblo. A lo mejor nadaban por las aguas las diosas y los dioses marinos, el tritón coleteaba con sus ninfas, las nereidas iban como deslizándose su cuerpo entre las claras ondulaciones; aquí, al son de los remos, movidos por una especie de música, se desplegaban las velas de seda sobre naves cortadas en materias olorosas, encima de cuyas cubiertas iban dióscoros coronados por estrellas deslumbrantes; y cuando el espectáculo parecía más armonioso y sereno, los actores en él ocupados más felices, la contemplación más regocijante, á una señal de los Césares, la muerte, aquella muerte reinante como una diosa implacable sobre la Ciudad Eterna esclavizada, surgía, inesperado relámpago por cielo sereno, y ahogaba en las rientes aguas hombres, mujeres, hasta niños, para corresponder á la barbarie universal impuesta por la infame servi-

dumbre, pues el Imperio lo había corrompido todo con su corrosiva gangrena. La tiranía exacerbaba las causas de universal corrupción, cual su historia y su naturaleza y todo el ser suyo lo pedían. El espectáculo, única reunión restante ya tras la muerte de los comicios y la prostitución del Senado, indicaba perfectamente dónde cayera, en cuál abismo, la vida romana. Huían aquellos esclavos de todo cuanto pudiera elevarles el espíritu, recelosos de hallar en esta elevación sus antiguas y constantes aspiraciones hacia la libertad. Los circos, los estadios, las arenas, los teatros y los anfiteatros eran como escuelas públicas de prostitución universal. Sus fiestas atizaban y mantenían el envilecimiento y las degradaciones. En realidad no había teatro allí. Desarrolladas con gloria y esplendor las humanas letras bajo todos sus aspectos, las letras dramáticas ó no surgían, ó surgían de la servil imitación que las hace pobres y entecas. Durante la república, en sus tiempos ilustres, dos poetas cómicos del fuste reconocido en Terencio y Plauto prometían lauros mayores á la romana escena. Pero la crítica propia de las obras dramáticas, trascendentales á toda la sociedad y por ende al ser político suyo, no concordaba con las bases propias de un imperio cuyo despotismo debía imponer forzoso y profundo silencio á toda manifestación de la humana libertad. Un género literario exclusivo de la poesía romana, el género satírico, iniciado por Cátulo al advenimiento de César, sustituyó la poesía dramática. Escrita en el hogar, destinada sólo á una publicidad estrecha, sin aspiraciones á entrar en el aire libre de las asambleas populares, la sátira individual, aislada, solitaria, podía desahogar el ánimo de un pueblo. Y, sin embargo, así como en el circo máximo quedó libertad para el insulto público, no regateado por sus siervos al César, en el teatro quedaron libres las alusiones políticas y no se perdieron jamás, á pesar de haber costado su maligno empleo á ciertos actores la libertad y á otros actores la vida. Pero así como en las carretas báquicas de los vendimiadores helenos el sublime teatro griego naciera, nació el pobre teatro latino en las fiestas atelanas, donde siempre se representaron ciertos pasillos y se dijeron en público ciertos diálogos. Fuera de todo esto, las fiestas escénicas en Roma contribuían al despotismo del emperador y al envilecimiento del ciudadano. Gustaban más que las tragedias el mecanismo brutal

de ciertas pantomimas, y más que la comedia una especie de representación lírica, en la cual entraban toda suerte de cánticos y la instrumentación y la orquestación posibles de suyo en aquellos tiempos. Nótese bien cómo el gladiador, el atleta, el mimo, el músico, el cantante y el bailarín triunfaban porque no había en sus respectivas artes ó industrias asomo alguno de palabra, elemento consubstancial de las ideas, tan funestas á todos los tiranos. Lo que principalmente degradó á Roma fué su afición á las fiestas donde luchaban y morían animales. Aquellas apoteosis de la fuerza y aquel derramamiento de sangre y los combates de la vida inferior y los fatales triunfos del organismo predisponían para todo menos para la libertad. El elefante merecía que se grabaran sus efigies en las monedas. Veinte habían luchado, según referencias de Cicerón y otros, en los decaimientos de la república. Pompeyo se holgaba unciendo á sus carros elefantes y Antonio leones. Dión Casio nos cuenta que había luchas de aquellos animales con los rinocerontes, y Marcial que había luchas de aquellos animales con los toros. El fundador de la tiranía romana, Sila, fué de los primeros en soltar leones á las arenas del circo. Julio César y Augusto, al celebrar la fundación del teatro de Marcelo y del templo de Marte vengador, arrojaron más de quinientos á la curiosidad pública. Veíanse en el Foro pajareras ocupadas por papagayos, en el teatro avestruces teñidos de rojo, en las naumaquias cocodrilos transportados del Egipto, en los jardines jirafas tan altas como árboles, en los combates públicos leones con las guedejas doradas y águilas llenas de lazos y divisas; todo cuanto pudiera divertir y reparar el ánimo de tales irredentores pensamientos.

Pero en realidad el espectáculo por excelencia era la fiesta de los gladiadores. Inmenso el anfiteatro, elevado al aire libre; profundas las galerías subterráneas, donde se guardaban las fieras que debían soltarse, los combatientes que debían luchar, los cambios de tantas y tantas decoraciones como servían al espectáculo de ornato; en un lado el dios protector de la fiesta con sus altares, con sus aras, con sus sacerdotes, con sus odoríferos perfumes y sus sacrificios delante; del otro lado César con sus cortesanos y con sus eunucos detrás, cerca de los cuales gallardeaban los príncipes y embajadores de Oriente, cubiertos con sus trajes rozagantes y multi-

colores, coronados por sus áureas tiaras relucientes de pedrería; en las primeras gradas las curias de senadores, las órdenes de vestales, el esplendor de la corte vestida para divertir el gusto público



Retiario ó gladiador de red

y realzar la majestad imperial; en todas las escaleras, cuyos escalones de mármoles varios adornados con filetes de oro resplandecían por extraordinaria suerte, la plebe romana, sola pocas veces, acompañada generalmente de tipos allegados en todas las conquistas y representantes de todos los pueblos; en lo último, como una corona de flores, las damas envueltas en gasas que dejaban adivinar sus bellezas materiales y abanicándose con plumajes que parecían al desplegar todos los colores del iris bandadas rarísimas de aves extrañas; en las arenas polvos de oro y minio, esparcidos para disimular la sangre, y en las alturas velos de seda rosa tendidos para teñir con sus arreboles y agraciar aún más la hermosura; por el estadio las compañías de combatientes, samnitas, griegos, tracios, dálmatas, nubios, en actitudes bien diversas como legiones de animadas estatuas, desnudos los más, cubiertos los otros de brillantísimas armaduras, éstos en carros, aquéllos acompañados por animales, armados todos con tridentes, puñales, dagas, hachas, espadas, según las diversas horribles suertes, y á una señal se atisban, animados por el mutuo instinto de la conservación, se husmean como tigres, para preser-

varse y defenderse como náufragos, agarrados á la vida más de aquello que tal vida merece, se enrabian y mugen cual toros alanceados, y heridos se buscan al fin como leones para matarse sin malquererse, y se golpean y se machacan y se hieren y se asesinan unos á otros, cayendo en montón los cuerpos que despiden sangre á torrentes y ofrecen el espectáculo de sus convulsas agonías y de sus horrorosas muertes á un pueblo, á un Senado, á unos sacerdotes, á unas vestales, á un César, quienes los siguen con los ojos fuera de las órbitas, gozándose con sus penas, y los aplauden más á medida que se aumentan sus horribles actos de crueldad y de barbarie, agravados en la callada noche por la ferocidad atroz de los espoleadores, cuyos brazos los llevan al espoliario, sin que acaben de morir, merced á lo cual muchos expiran sobre las tripas y los cadáveres de sus hermanos maldiciendo á Roma y al Imperio, maldición que oirá la Providencia y cumplirán los siglos cuando se abran las tierras de los inhumanos viveros y de las inhumanas cárceles, vomitando los bárbaros, que movidos por una sed insaciable de venganza, con las teas arrancadas á sus viejas encinas en las manos, quemán el cadáver de la Ciudad Eterna, cadáver tendido por los errores y por los vicios de la tiranía en el mundo, y que, de no haberlo devorado la irrupción vengadora, pudriera con sus ponzoñosos miasmas la tierra y la conciencia. Sustituíd al Senado los gladiadores, al comicio el circo, al tribuno el cortesano, al orador el pantomimo, á la libertad el despotismo, á la república el César; y cuando creáis vuestro poder más fuerte y vuestro imperio más cierto, sucederá lo que á la Roma imperial, abriéndose las orillas del Rin y del Danubio, expidiendo los apocalípticos ángeles exterminadores que Dios tiene apercebidos en el cielo para castigar toda tiranía.

Cuántas y cuán terribles tentaciones aquella sociedad ofrecía de suyo á la nativa perversión de una mujer sensual, aumentada por lo excelso y lo extraordinario de su dignidad y de su rango. La cortesanía en todo tiempo ha impuesto relaciones peligrosas entre los sexos opuestos. La turba de aduladores, que circuían el cubículo y el tálamo de Julia, estaban allí para servirla, y no era mucho que aprovecharsen estos servicios naturales para tentarla y para perderla. Una manada de gladiadores, en la cual se mezclan

con todos los extremos de la fuerza todos los atractivos del vicio, todo el horror trágico de la muerte, ¡qué gran escuela para la prostitución! Así Julia iba por las noches de una encrucijada en otra encrucijada, circuida por esta nube de aduladores, en busca de cuantos centros infernales podían despertar y mantener las más horribles emociones. Su corte de vicios, para buscar una emoción más, habíase convertido en cohorte de conspiradores. No contentos con haber acompañado á Julia en sus correrías por los barrios de las mujeres públicas, en sus visiteos al infame templo de Hércules y al ensayo de las fiestas celebradas por los gladiadores, á la tribuna de los Rostros á fin de violar con adulterios innumerables el sitio mismo donde se habían promulgado contra tal delito las leyes Julia y Papia Popea; para gozarse con toda suerte de peligrosos daños, gozábanse con las conspiraciones políticas. El suplicio de Tiberio desterrado, el horror sentido por este príncipe á su adúltera esposa, las insinuaciones pertinaces de Livia deslizándose con arte y con gradación sospechosas, y más sospechosas contra Julia, concluyeron por definitivamente perder á esta desgraciada. Cierta noche contrajo responsabilidad merecedora de la pena capital. Castigaban con este supremo castigo las leyes á quien osare coronar la estatua de Marsias. Era éste un sátiro de Frigia que, habiendo por casualidad encontrado la flauta de sí por Minerva ó Atenea lanzada, porque tocarla con sus labios y con sus dedos obligábale á gestos feísimos, desafió con este instrumento al dios Apolo, retándole descaradamente. ¡Crimen indecible desafiar un hombre al dios de los músicos en música porfía! Tocaron los dos, aceptado el certamen, y las musas decernieron el premio al dios. Y como el premio era que debiese hacer aquello mandado por el vencedor al vencido, impúsole Apolo á Marsias la obligación de cederle aquella flauta, y luego en castigo á su presunción lo despellejó, atándolo á un árbol. Coronar al presuntuoso Marsias era ofender al divino Apolo, y ofender al divino Apolo era injuriar al divino Augusto, su nieto y su devoto. Una corona puesta sobre la cabeza de Marsias equivalía, pues, á un desacato religioso que castigaban las leyes con pena de muerte. Ya no le quedaba ningún otro crimen que perpetrar, ningún otro peligro que correr á la viciosa y temeraria Julia. Cierta noche salió ella con sus mancebos, y citando en el Foro á las

prostitutas más desenfundadas y á los jóvenes más perdidos de la Ciudad Eterna, danzaron danzas lúbricas en torno del sátiro y le pusieron los prohibidos laureles. La policía romana olvidó quitarla en el amanecer, bien por descuido propio, bien por complicidad secreta con los criminales, y apareció la estatua con su guirnalda escandalizando á Roma entera. Todos quisieron saber los reos, todos los copartícipes del supremo poder, y una persona solamente los conocía. Esta persona era Livia, quien, desde la proscripción infligida por Augusto á Tiberio, perseguía tenazmente á Julia y enviaba espías y esbirros en seguimiento suyo, celándole todos los pasos. El espionaje se organizó muy sabiamente. Aquel escándalo debió presentar á la sagaz esposa de Augusto el medio de soltar sus odios y herir de muerte á su nuera. Comprendiendo la naturaleza de Augusto, mezcló con todas las revelaciones relativas á conspiración escandalosa contra las costumbres todas las revelaciones relativas á conspiración escandalosa contra el Imperio. La terrible acusación cayó sobre los reos como una especie de rayo, que vino á sorprenderlos, á herirlos, á matarlos, cuando se creían más en posesión de su poder y estaban más ciertos y seguros de su fuerza.

Augusto era un padre ciego; no veía cuanto delataban los menores actos de su hija. El hado le colmó de favores tan extraordinarios y numerosos, que no podía creer ni sospechar siquiera una desgracia. Muy clara debió la terrible acusación aparecer á su vista, cuando tan furioso llegó á revolverse contra la ingrata Julia, en cuyo seno encerraba todas sus esperanzas de sucesión y á cuya castidad libró todos los títulos de legitimidad y de pureza que debía invocar para un dominio perpetuo y para un trono hereditario su gloriosa dinastía. El Oriente con todos los prestigios que brillan en sus altares y en sus templos, el Occidente con todos sus jóvenes é indómitos pueblos, el Senado y sus prerrogativas, la nobleza y sus privilegios, la plebe y sus derechos habíansele dócilmente sometido, y se le sublevaban tan sólo en los comienzos de su vejez las desordenadas pasiones de su hija. Augusto creyó morir suicida ó volverse loco al conocimiento de su deshonra. En raptó de ciega demencia cogió un puñal para inmolar á la perversa. Pero temió enaltecerla y honrarla dándole muerte con su propia mano. El terror se dilató en la familia y domesticidad íntima de los césares

con fuerza y celeridad tan grandes al saber la cólera imperial, que Febea, esclava de Julia, se ahorcó, buscando en muerte anticipada un alivio á tormentos presentidos y previstos. «Febea, dijo Augusto, debió ser hija mía.» Penetrado el emperador de que sus actos de familia interesan á Roma como pudieran interesarle trascendentales actos de su política y de su gobernación, solemnemente da parte al Senado y al pueblo de todo lo acaecido. La carta de participación tiene detalles de los escándalos y de los crímenes en su verdad y en su desnudez desgarradoras. De todas las informaciones abiertas y de todas las reseñas aprendidas concluíase una confabulación para forzar á la muerte y heredarlo antes de tiempo. La juventud más brillante de Roma quedó comprometida en el funesto caso. Unos jóvenes salieron para las proscripciones, otros para el cadalso. Oíanse resonar en el proceso los nombres más litúrgicos de la más antigua y mejor aristocracia romana. Quintos, Crispinos, Appios, Claudios, Gracos, Escipiones quedaron heridos. El favorito Sempronio tuvo que desterrarse al Africa. Un hijo de Antonio y de Fulvia, honrado con toda suerte de distinciones y de cargos, tuvo que matarse. La plebe, á pesar de los crímenes y escándalos conocidos y divulgados, intercedió por Julia. «Cuando mal os quiera, les respondió el emperador, os desearé mujer é hijas como ella, con lo cual aprenderéis mi dolor y apreciaréis mi proceder.» Julia salió como una criminal de la casa donde había nacido como una diosa. En obscura noche, á sus altas horas, un grupo de soldados la conducía lejos de Roma en litera más triste que la mortaja de un mendigo. La esponjosa isla Pandataria, verdadero presidio, sin agua, sin vegetación, le sirvió de asilo. Las costas de Campania tan rientes, el hermosísimo golfo de Gaeta, las azules ondas tirrenas aumentaban la desnudez y tristeza de aquellas lavas frías y estériles donde la enterraron. Julia no sintió los arrebatos de Porcia por su república ni de Cleopatra por su imperio. La idea del suicidio no cruzó por su mente ni los propósitos por su voluntad. Pero el paso de su mansión imperial en el Palatino á la isla Pandataria en el Tirreno, la publicidad escandalosísima de su deshonor, el contraste horroroso entre aquellos lugares de su destierro y los espléndidos lugares de su fortuna, la privación de todo placer, la soledad tras aquellas voluptuosas compañías de alegres

epicúreos, el diálogo perpetuo con su madre la vieja Escribonia que no la dejó un punto, la falta y ausencia de toda libertad, la muerte de toda esperanza, el abandono sucediendo al poder omnímodo, la consideración de haber bajado desde primera en el mundo á última, torturáronla en términos que la prolongación de su vida resultó al fin y al cabo la prolongación de su castigo y de su infierno. Alguna vez pasaba un relámpago de ilusión por aquella espesísima noche. Antiguos devotos suyos conspiraban á una en su pro con tenacidad sin ejemplo. Pero estas devociones conocíanse tan sólo en lo mucho que aumentaban los torcedores de su prisión y las privaciones de su agonía. Quince largos años pasó así; toda una eternidad seguramente de torcedores y de penas. Murió su padre, y esta muerte acabó con todas sus esperanzas. El implacable César la mentaba en el testamento para decir tan sólo que prohibía el ingreso de la cenizas de Julia en su panteón. Trasladáronla desde su islote á Regio para mejor guardarla, recluyéndola en una fortaleza. Muerto su padre, queda por completo al arbitrio de su rencoroso marido y de su implacable suegra. Durante los años que pasan entre la exaltación de Tiberio y su muerte, Julia sólo recibe golpes mortales. A los pocos meses del nuevo reinado muere Lucio César, su segundogénito, en Marsella, de camino á España. A los dieciocho meses de muerto el segundogénito, muere allá en Licia el primogénito. Poco después acusan al postrero de sus hijos, al incontinente Agripa, de urdir con Julia su hermana y con Ovidio su poeta la fuga de su madre. Los tres fueron desterrados. Después el marido quita sin piedad la pobre pensión dada por Augusto á Julia, y ¡parece imposible! la hija y la esposa de dos césares muere á la miseria y al hambre. Julia transmitió á su nieta, la madre de Nerón, toda su sensibilidad.

Pero las ambiciones le fueron transmitidas por Livia, su abuela por el lado paterno, como Julia por el materno. Perteneía Livia de suyo á la familia preclara de los Claudios y estuvo en matrimonio unida con orgulloso patricio. El amor de Augusto fué tan impetuoso, que la tomó en arbitrario divorcio á su primer marido, y se unió con ella por solemne matrimonio, aunque embarazada y hasta en su embarazo adelantadísima. El padre recibió su hijo tres meses después de haberlo parido una mujer que ya no le pertenecía.

En cuanto Livia llegó á la casa imperial, constituyóse oráculo político del emperador. Así, copiaba las virtudes austeras de las primitivas matronas romanas para oprimir mejor á sus degenerados descendientes; odiaba el excesivo lujo de su tiempo, vistiendo, por consiguiente, siempre de lana, é hilando con sus propios dedos los vestidos de su esposo. Ni el lujo podía seducir ni el amor halagar á mujer embargada por el sentimiento de las más desapoderadas ambiciones. Todo cuanto se apartaba de mandar á los pueblos, dirigirlos, gobernarlos, parecía indigno de su rango. Los placeres, las fiestas, los vicios, los amores, los desórdenes pasaban á sus pies sin tocar jamás en aquella su frente, coronada, como las alturas del planeta, por los hielos eternos. Fría é indiferente á todas las seducciones de los sentidos, inaccesible á todas las tempestades del amor, sin más mira que su propio engrandecimiento, sin más fin que mandar, no sólo cerraba los ojos á las infidelidades varias de su marido, sino que las facilitaba, encontrando en ellas medios é instrumentos de poder y de imperio. Los celos acompañaban al amor, y en su corazón empedernido, cerrado á todo fuego, sólo se deslizaban, como frías serpientes, los recelos de la ambición. Crecer en influencia, subir á las cimas de la tierra, ver desde las alturas vertiginosas el pueblo sometido y encorvado, dominar el planeta: he ahí el blanco de todos sus deseos. Perteneía tan sólo á su tierno sexo en lo flexible para componerse con las circunstancias y en lo paciente para esperar su hora. Escondía las garras en las preseas de mujer, como la tigre ó la gata en la aterciopelada finura de su piel, y las sacaba cuando podía sin riesgo alguno hundirlas en las entrañas de sus víctimas. Ulises con faldas la llamaba uno de sus nietos. Hábil y diestramente atravesó todos los bajíos y burló todos los escollos sembrados en su posición difícilísima, hasta completamente apoderarse de Augusto, y por Augusto, del mundo. Era ambiciosa con vehemencia, pero también disimulada con estudio, y astuta con perversidad, y artera con destreza, compitiendo en ella la audacia de los fines con la hipocresía de los medios y el súbito golpe de las resoluciones con la tortuosa y larguísima preparación empleada en todos sus atentados.

Por los museos de Roma, de Nápoles, de Viena, de París encontraréis medallas ó bustos ó estatuas que la representen; y en

todas esas efigies podéis admirar su cabellera ondulada y su peinado majestuoso; la fría impenetrabilidad de su frente serena; la robustez de su cuello, torneado á maravilla; las dos barbas que señalan con cierta crasitud agradable cierta madurez en las ideas y en los sentimientos; los ojos, aunque algo saltones, de prestigioso poder sobre cuantos los contemplan; la nariz mediana y un poco arremangada, única facción que manifiesta lo siniestro de sus afectos y lo duro de sus resoluciones; los narigales angostos y la boca cerrada firmemente, cual si la contrajera el propósito deliberado del disimulo y del silencio; la apostura gallarda é imperiosa como todos los habitados á ejercer de antiguo la dominación sobre la tierra; en fin, la mezcla de clarísima inteligencia con perversión irremediable: una euménide, roncando sordamente bajo la fría y marmórea majestad de una diosa. Campean, sobre todo, en aquel rostro facciones que patentizan la fuerza de su temperamento viril y la energía concentrada de su carácter implacable; los labios delgados y contraídos, antes dispuestos á callarse que á hablar; la nariz, algo semejante al hocico de las hienas abreviado; la barba muy ancha, cuya grande amplitud es una firme base para sustentar aquella espaciosa frente llena de firmeza. ¡Oh! La mujer está destinada de suyo á los afectos dulces y tiernos. Sus palabras deben ser una gota de miel en las amarguras de nuestra existencia; su sonrisa, un rosado crepúsculo brillando sobre las sinuosidades oscuras de la mente; su mirar, el casto rayo de luna sin mancha penetrando hasta los abismos de nuestro corazón y ciñendo de su aureola melancólica y santa todas nuestras febriles y exaltadas pasiones. Moderar los ímpetus demasiado fuertes del hombre; curar con afectos tiernos su corazón, despedazado por exaltadas pasiones; atraer la ambición sin límites al estrecho, pero venturoso nido del hogar; tal debe ser su angélico ministerio en la sociedad. Esas alas tan bellas se tronchan al viento que vibra por las alturas inaccesibles de las desapoderadas ambiciones y del omnipotente poder. Ese pecho jamás se abrirá fácilmente á la frialdad de la razón de Estado. Lo bello, lo tierno, lo gracioso forman otros tantos círculos, donde su natural se engarza como en su centro de gravedad. Mas, por lo mismo que la mujer es así, tan dulce, tan pura, tan delicada, cuando la triste ambición se desliza en su ánimo, tórnase esta pasión en sentimiento más ciego, más